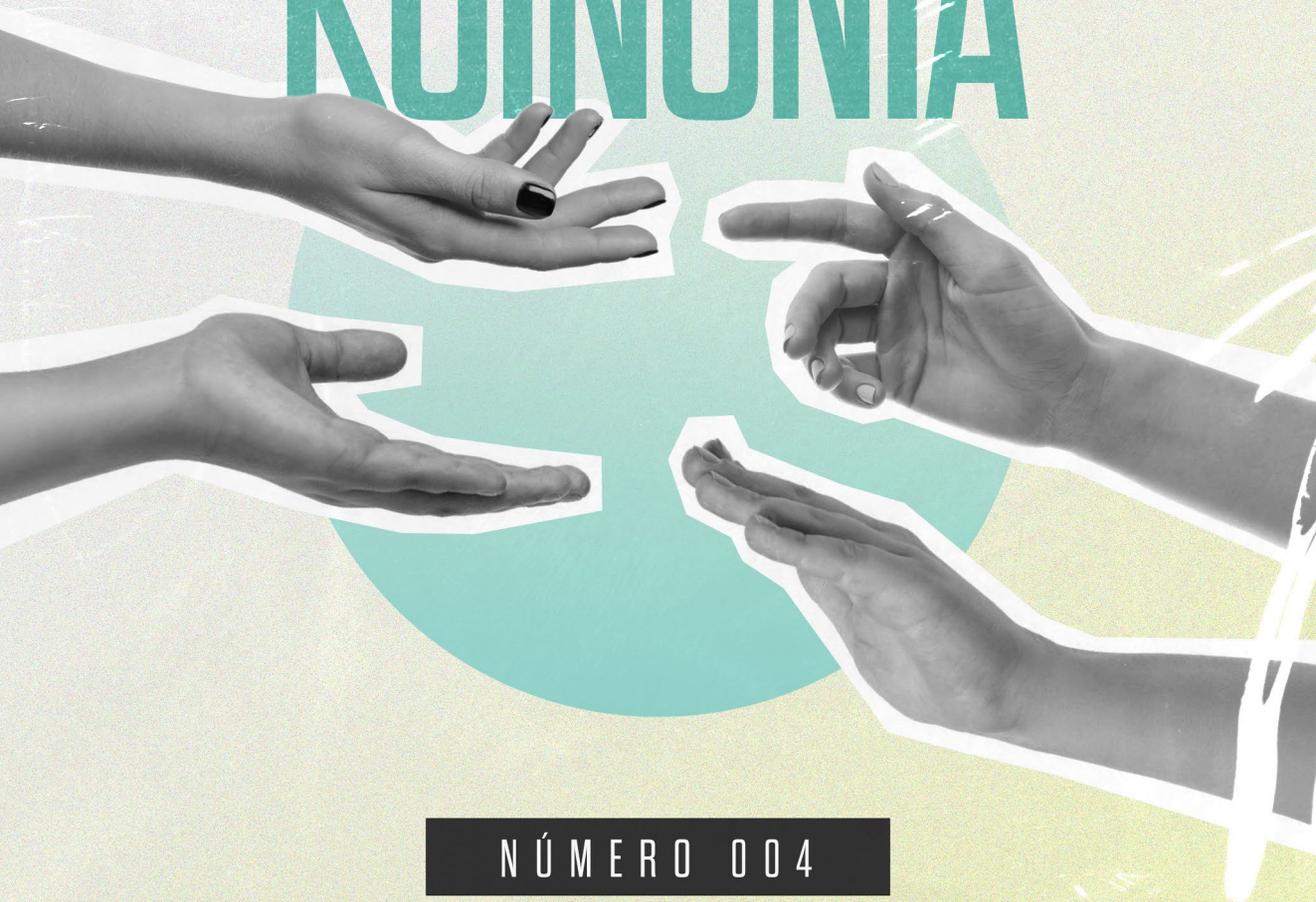




RECUPERANDO LA
KOINONÍA



NÚMERO 004

• ABRIL 2022 •

CONTENIDO

EDITORIAL	Carta del Director Editorial	3
BIBLIA Y TEOLOGÍA	Justificación y santificación: Las dos aristas de nuestra comunión con Dios Arturo Pérez	6
VIDA CRISTIANA	Comunión con Dios, la Palabra y unos con otros: 3 factores ineludibles de nuestra espiritualidad Sam Masters	14
	¿Por qué vamos a la iglesia? Porque somos olvidadizos Peter Newman	18
	Las redes sociales no reemplazan la comunión de la iglesia Josué Barrios	24
FE Y TRABAJO	El peligro del aislamiento virtual en el teletrabajo Ana Ávila	29
CULTURA Y ARTE	Miradlos: Un poema sobre la comunión de la iglesia Gerson Morey	35
MINISTERIO	Fortaleciendo la comunión como miembro de la iglesia Flavia Johansson	38
	Pastor, ayuda a tu iglesia a cuidarse del individualismo. José «Joselo» Mercado	44
ACTUALIDAD	«¿Y quién es mi prójimo?»: Atendiendo las necesidades de nuestra comunidad secular José «Pepe» Mendoza	50
CRÉDITOS		56

Carta del Director Editorial

Te presentamos el cuarto número de nuestra Revista Coalición. En esta ocasión, estaremos explorando el tema de la comunión cristiana. ¿Por qué decidimos reflexionar en extenso sobre este tema? Veamos algunos factores.

La pandemia, entre muchos otros factores culturales y sociales exacerbados durante este tiempo, ha afectado muchos aspectos de nuestra existencia humana. Nos lleva a enfrentar una nueva normalidad que nos ha desafiado cada día, al llevarnos a descubrir nuevas maneras de relacionarnos e interactuar. Pero también ha dejado una estela de soledad, al fomentar la atomización de la existencia, el individualismo extremo y la falta de cercanía física y anímica.

En el mismo sentido, la virtualidad, las redes sociales, los *influencers* cristianos, las restricciones presenciales y una variedad de factores cambiantes han dado lugar a formas cristianas inéditas de socialización, identificación grupal y hasta de edificación espiritual. Esto ha producido un profundo cambio en el sentido de identidad relacional y comunitaria que, definitivamente, afecta a la vida de comunión de la iglesia tal como la hemos conocido hasta hace muy poco tiempo. Este cambio es drástico y requiere que volvamos a reflexionar en lo que significa ser iglesia desde múltiples perspectivas.

Una de las palabras sobre las que es necesario volver a pensar, tanto en su significado como en su aplicación, es la palabra «comunión». Su significado literal es lo que se comparte, aquello que es de propiedad común y que pone el énfasis en el aspecto relacional del compañerismo. En ese sentido, el teólogo Juan Calvino decía que la comunión se refería básicamente «a la sociedad mutua y al compañerismo, las limosnas y otros deberes del compañerismo fraternal»,¹ algo que definitivamente incluía la vida en común, tal como lo describe Lucas cuando dice: «Todos los que habían creído estaban juntos...» (Hch 2:44). Hoy nos toca volver a responder muchas preguntas con respecto a la comunión, entre ellas, ¿qué significa «estar juntos»? ¿Existe una demanda de presencialidad física necesaria para la vida de la iglesia? ¿Pueden existir otras maneras no presenciales de «estar juntos»?

Por otro lado, no se trata solo de evitar el aislamiento; otro problema radica en el hecho de que los seres humanos pueden también encontrar factores de identidad y socialización comunitaria en actividades deleznables y hasta nocivas. Estamos hablando de que



José «Pepe» Mendoza
Director Editorial

podemos encontrar una comunión estrecha alrededor de un equipo de fútbol, un estilo de música, un artista, un hobby y hasta alrededor del consumo de una droga o un acto delincuencia. En definitiva, la comunión puede ser tanto positiva como negativa.

La «comunión» cristiana requiere, entonces, de calificativos que establezcan ese lazo y sean normativos para la vida cristiana. La pregunta sería, ¿qué es exactamente lo que tenemos en común? ¿Alrededor de qué ha establecido nuestra comunión el Señor? Por ejemplo, Lucas establece que la nascente iglesia de Jerusalén estaba realmente comprometida de forma continua al estudio de la doctrina, el compañerismo fraternal, la celebración de los sacramentos y la oración (Hch 2:42). Estos elementos siguen siendo característicos y distinguibles hoy, pero necesitamos descubrir la forma de honrarlos en nuestra realidad, descubriendo las aplicaciones correctas de aquellas que puedan ser nocivas. Por ejemplo, ¿puedo sentirme parte de una congregación y pastor virtual porque tiene sana doctrina y buena enseñanza? ¿Me bastan los consejos del *influencer* que domina cierto tema?

Nuestro primer llamado es a tener comunión con Dios (Jn 15:1-5). De esa comunión se desprenden todos nuestros otros vínculos de comunión. No podemos perder de vista que la comunión cristiana es una de las señales evidentes de nuestra filiación divina dentro de un mundo donde prima la desunión y la violencia mutua. Por eso Jesús dijo: «En esto conocerán todos que son Mis discípulos, si se tienen amor los unos a los otros» (Jn 13:35). Hablemos, entonces, de la comunión y volvamos a descubrir su valor y pertinencia, oyendo las palabras de Dietrich Bonhoeffer:

Tengo comunidad con los demás y la seguiré teniendo solo a través de Jesucristo. Cuanto más genuina y profunda se vuelva nuestra comunidad, más se desvanecerá todo lo demás entre nosotros, más clara y puramente Jesucristo y su obra se convertirán en la única cosa vital entre nosotros. Nos tenemos los unos a los otros solo por medio de Cristo, pero por medio de Cristo nos tenemos los unos a los otros, enteramente, por la eternidad.²

1. *Calvin's commentaries series*. Volume XVIII. John 12-21; Acts 1-13. Baker Books. Grand Rapids, Mi. 2003, p. 126.

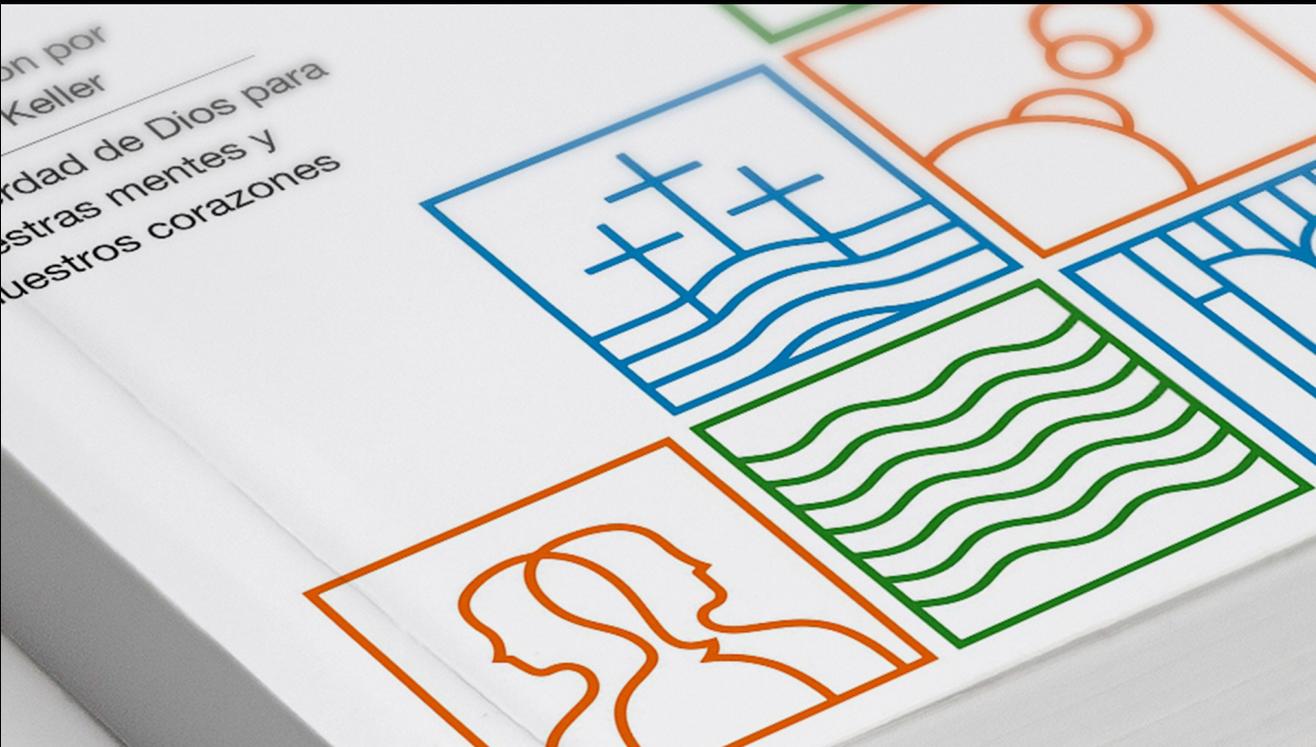
2. Dietrich Bonhoeffer, *Life Together: The Classic Exploration of Christian Community*.



Catecismo de la Nueva Ciudad

Un recurso moderno y centrado en el evangelio que resume los fundamentos de la fe cristiana a través de 52 preguntas y respuestas, para adultos y niños.

www.coalicionporelevangelio.org/catecismo-de-la-nueva-ciudad/



Justificación y santificación: LAS DOS ARISTAS DE NUESTRA COMUNIÓN CON DIOS

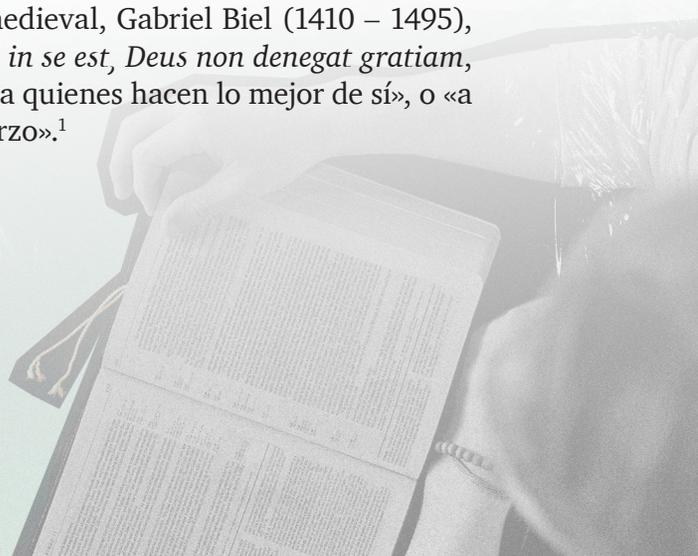
POR ARTURO PÉREZ

«¿Quién subirá al monte del SEÑOR? ¿Y quién podrá estar en Su lugar santo?» (Sal 24:3). Preguntas como estas podrían asustarnos al comprobar que la Escritura advierte que el Señor no tendrá por inocente al culpable (Nm 14:18), y que «no hay justo, ni aun uno... por cuanto todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios» (Ro 3:10, 23).

Ya que Dios demanda una justicia y santidad perfecta, y que no acepta nada inmundo en Su presencia, muchos han tratado de responder a la pregunta: *¿Cómo podríamos ser considerados justos y santos delante de Él?*

UNA RESPUESTA ERRADA

Durante la Edad Media, algunos teólogos reconocieron que era imposible alcanzar un estándar perfecto de justicia y santidad a menos que la gracia de Dios intervenga de alguna manera. De ahí que un teólogo de la época medieval, Gabriel Biel (1410 – 1495), acuñó el axioma *facienti quod in se est, Deus non denegat gratiam*, esto es, «Dios no niega gracia a quienes hacen lo mejor de sí», o «a quienes hacen su mejor esfuerzo».¹



Para esa época, los eruditos no tenían acceso al texto griego del Nuevo Testamento que expresa el verbo «justificar» con la palabra griega *dikaiōō*, que significa «declarar a alguien justo». En su lugar, leían la Vulgata Latina de Jerónimo, que tradujo el término griego con la palabra latina *iustificare*. Esta palabra se compone de dos partículas: *iustus* (justo) y *facere* (hacer), por lo que la interpretaban como «hacer justo». Ellos entendían erróneamente que la justificación era un proceso por el cual Dios nos «hace justos» gradualmente, con el fin de presentarnos ante Su presencia *inherentemente* rectos, por medio de la infusión de Su gracia impartida a todos aquellos que «hacen su mejor esfuerzo».

Notemos que la teología medieval entendía que Dios nos va «santificando» para que eventualmente lleguemos a ser «justificados» (inherentemente justos) por medio de la fe, en adición al sacramento de las penitencias más las buenas obras.

«La Iglesia católica romana mezcla los conceptos de santificación y justificación».

La Iglesia católica romana mezcla los conceptos de santificación y justificación. Concibe la fe acompañada de obras como instrumentos para la salvación, en adición a una gracia impartida por Dios condicionada al esfuerzo humano que debe preparar su corazón para recibirla.

LO QUE LUTERO ENTENDIÓ

Esta creencia no satisfacía la ansiedad de cierto monje alemán que estaba muy angustiado con la idea de no ser justificado ante Dios, a pesar de todos sus esfuerzos por observar los mandamientos de la Ley lo mejor posible. Martín Lutero (1483 – 1546) vivía una vida extremadamente religiosa. Cuando leía que «en el evangelio la justicia de Dios se revela» (Ro 1:17), interpretaba que el evangelio revela que Dios es justo y castiga a los pecadores injustos, como si Cristo fuera un nuevo Moisés, y como si el evangelio se tratara de una versión más elevada de la Ley, exigiendo no solo una buena conducta externa, sino también una actitud interna de corazón. Lutero pensaba que el evangelio revelaba la justicia perfecta que Dios demanda, y esto era imposible de alcanzar con cumplimiento humano!

Como si no fuera realmente suficiente que miserables pecadores deban ser eternamente condenados por su pecado original, con todo tipo de infortunios echados encima de ellos por la ley del Antiguo Testamento, todavía Dios añade dolor sobre dolor a través del evangelio, ¡y aún trae sobre nosotros su ira y su justicia a través de este!²

Por la misericordia de Dios, tiempo después, Lutero entendió que el evangelio precisamente anuncia en realidad la buena noticia de que ahora, aparte de la Ley, la justicia perfecta que Dios demanda es imputada (acreditada) en virtud de la obra de Jesucristo, para todo aquel que cree. Lutero escribió: «Pero cuando descubrí la distinción apropiada, esto es, que la Ley es una cosa y el evangelio es otra, me abrí paso y fui liberado».³ «No es justo aquel que obra mucho, sino aquel que, sin las obras, cree mucho en Cristo. La Ley dice “haz esto”, y nunca se hace; la gracia dice “cree en Este”, y todas las cosas ya están hechas».⁴

LA JUSTIFICACIÓN DEFINIDA

La enseñanza bíblica de que Dios justifica al impío por medio de la fe sola en Cristo solo fue el tema principal de Lutero y los reformadores del siglo XVI. Para el siglo XVII, un grupo de teólogos reunidos en la abadía de Westminster de Londres redactó la siguiente respuesta a la pregunta 70 del Catecismo Mayor de Westminster:

La justificación es un acto de la libre gracia de Dios hacia los pecadores, en la cual Él perdona todos sus pecados, acepta sus personas y las cuenta como justas delante de Él, no por alguna cosa obrada en ellos, o hecha por ellos, sino solamente por la perfecta obediencia y plena satisfacción de Cristo que Dios les imputa, y que ellos reciben solamente por fe.

El Renacimiento trajo consigo un interés por las obras clásicas, incluyendo los manuscritos griegos del Nuevo Testamento. Al retornar a la Escritura, los reformadores redescubrieron las buenas noticias del evangelio: «al que no trabaja, pero cree en Aquél que justifica al impío, su fe se le cuenta por justicia» (Ro 4:5).

¿Cómo puede el impío ser considerado justo delante de Dios? Los reformadores respondieron con la Escritura: «Al que no conoció pecado [a Cristo], lo hizo pecado por nosotros, para que fuéramos hechos justicia de Dios en Él» (2 Co 5:21); «Porque concluimos que el hombre es justificado por la fe aparte de las obras de la Ley» (Ro 3:28). Para los reformadores, la justificación no consistía en un proceso en el que Dios «nos hace justos» por infusión de Su gracia, sino que es un acto donde nos declara justos en virtud de la justicia de Cristo.

Pero la buena noticia del evangelio no se limita a que la muerte de Jesucristo en la cruz cargó con nuestro pecado, y ahora hemos sido declarados inocentes. ¡Es más que eso! La vida perfecta que Jesucristo vivió, observando todos los mandamientos de la ley, ahora nos es acreditada a nuestra cuenta. En otras palabras, Cristo

«La justificación concierne a la obra de Cristo por ti, mientras que la santificación trata de la obra de Cristo en ti».

pagó nuestra culpa y además vivió, en nuestro lugar, la vida de santidad perfecta que ninguno de nosotros puede vivir. La justicia activa de Cristo nos es imputada como si hubiésemos cumplido toda

la ley desde nuestro nacimiento hasta la muerte (Ro 5:18-19).

El apóstol Pablo dice que Jesucristo se hizo para nosotros «sabiduría de Dios, y justificación, santificación y redención» (1 Co 1:30). Esto significa que, estando en unión con Cristo, somos considerados totalmente justificados y santificados de manera definitiva. Cuando Jesucristo entregó voluntariamente su vida en expiación por el pecado, lo hizo para darnos la justicia y santidad delante de Dios que no tenemos de manera inherente. Él afirmó que esa obra fue completada en la cruz: «¡Consumado es! (Jn 19:30).



LA SANTIFICACIÓN DEFINIDA

Una manera sencilla de diferenciar la justificación y la santificación es que la justificación concierne a la obra de Cristo *por ti*, mientras que la santificación trata de la obra de Cristo *en ti*.

Mientras que la justificación es un acto que sucede de una vez por todas, la santificación es un proceso efectuado por el Espíritu Santo que continúa renovando al creyente a la imagen de Dios a lo largo de todo su caminar en esta vida. Por otro lado, mientras que la justificación fue efectuada igualmente para todos los redimidos (no hay creyentes más justificados que otros), la santificación no se manifiesta igual en todos los creyentes (sí hay cristianos más maduros que otros).

Entonces, ¿cómo definimos la santificación? El Catecismo Mayor de Westminster la define así en su pregunta 75:

La santificación es una obra de la gracia de Dios, mediante la cual, los que han sido elegidos por Dios antes de la fundación del mundo, para ser santos, en el tiempo, mediante las poderosas operaciones de su Espíritu, aplicándoles la muerte y resurrección de Cristo, son renovados en la totalidad de su ser según la imagen de Dios; teniendo los elegidos las semillas del arrepentimiento para vida y todas las demás gracias salvadoras, puestas en sus corazones, las cuales tienen en ellos tan estimuladas, aumentadas y fortalecidas, que más y más mueren al pecado, y resucitan a nueva vida.

Al hablar de esto, es importante reconocer que la santificación parte de dos puntos cruciales: primero, Jesucristo mismo es nuestra santificación (1 Co 1:30); y segundo, la santificación del creyente es consumada por medio de nuestra unión con Cristo. Es un error común pensar que la justificación es lo que Dios hace y la santificación lo que nosotros hacemos. No es así. El ser humano no puede santificarse a sí mismo. El mismo poder que nos dio vida cuando nacimos de nuevo es el mismo poder que continúa operando a través del Espíritu santificante. Dicho esto, existe *compatibilidad* entre la responsabilidad del creyente y la gracia soberana de Dios actuando en nosotros. Cuando Dios actúa, Él nos incluye haciéndonos partícipes.

Es por esto que vamos a observar progreso ético en nosotros a través de la obra de Dios de santificación. Sin embargo, aunque observamos progreso ético, la santificación no significa un mejoramiento en la sustancia del ser humano. Entonces, por un lado, hay una *santificación definitiva* que ya tenemos en Cristo, quien es la imagen misma de la sustancia de Dios, y quien nos ha dado la identidad de santos en Él.⁵ Pero, por otro lado, hay una *santificación progresiva* donde el Espíritu nos capacita para morir al pecado que mora en nosotros y vivir para la justicia con la que hemos sido declarados justos.⁶ Los creyentes «se han vestido del nuevo hombre, el cual se va renovando hacia un verdadero conocimiento, conforme a la imagen de Aquel que lo creó» (Col 3:10).

Por esa razón, algunos ilustran la santificación como vivir a la altura de nuestra justificación. Es desear más de Cristo, quien es la imagen de Dios, y menos de mí mismo con una imagen deteriorada por la caída.

LA VIDA EN SANTIDAD

El creyente muestra su santidad cuando es capaz de ver y confesar su corrupción. El Espíritu santificante de Cristo nos convence continuamente de pecado, y crea fe y arrepentimiento. El Señor interviene una y otra vez en nuestro universo egocéntrico para

«Un consejo sabio para andar en santidad es quitar los ojos de nosotros mismos y fijarlos en Jesucristo».

mostrarnos que somos más malvados de lo que nos atrevemos a reconocer, y más amados y aceptados en Cristo de lo que nos atreveríamos a soñar. Pero cuando olvidamos el evangelio, caemos en un narcisismo espiritual tratando de medir cuánta santidad y progreso hay en nosotros.

La confusión se presenta cuando pensamos que andar en la santidad, sin la cual nadie verá al Señor (Heb.12:14), sería una causa de justicia inherente por la cual somos aceptados por Dios. Algunos piensan que son aceptados por Dios en la medida en que hacen «su mejor esfuerzo» (el falso axioma medieval). En lugar de confiar en los méritos de Cristo, se afanan por traer su propia justicia dejando a Cristo atrás. En su error, viven de manera inconsciente

como si su santificación fuera la causa de su justificación, cuando en realidad la santificación es el fruto del Espíritu como consecuencia de la justificación. Por eso debemos evitar mezclar justificación y santificación, pero tampoco podemos separarlas.

Un consejo sabio para andar en santidad es quitar los ojos de nosotros mismos y fijarlos en Jesucristo (Heb.12:2). Al respecto, el puritano John Owen ofrece esta reflexión:

¿Me animaría realmente [ver] mi progreso, o me haría mirar menos a Cristo?... Tenemos tanto de fariseo en nosotros por naturaleza, que a veces es saludable que nuestro bien nos sea oculto... Mientras conozca la justicia de Cristo, tendré menos interés en conocer mi propia santidad. Ser santo es necesario; saberlo, a veces es una tentación.⁷

En conclusión, ¿por qué es importante conocer el significado y la distinción entre la justificación y la santificación? Al menos por tres razones:

- Primero, porque el Señor me redimió para vivir conforme a la santidad que ya tengo en unión con Cristo, esperando ver progreso ético como consecuencia del fruto del Espíritu Santo.
- Segundo, porque entender esto elimina la falsa expectativa de que el viejo hombre podría mejorar hacia la perfección, lo cual, traería frustración y temores innecesarios, al comprobar que sigo siendo pecador.
- Y tercero, porque me anima saber que percatarme de la presencia del pecado en mi engañoso corazón es un fruto del Espíritu que me mueve a la confesión, al arrepentimiento, y a la fe, sabiendo que Cristo vino a salvar pecadores, de los cuales yo soy el primero. Es por eso que los creyentes podemos subir al monte del Señor y estar en Su lugar santo.

¹ Alister McGrath, *Luther's Theology of the Cross* (Oxford, UK: Wiley-Blackwell, 2011), 80.

² *Weimarer Ausgabe*, 54.185.12-186.21.

³ *Luther's Works* 54:442.

⁴ WA 1.354.29-32.

⁵ Ver Hch 26:18; 1 Co 1:2, 30; 6:11; Heb 10:10.

⁶ Ver Lv 11:44; 20:7; 2 Co 7:1; Heb 12:14; 1 P 1:15-16.

⁷ John Owen, *The Works of John Owen*, ed. William H. Goold, vol. 6 (Edinburgh: The Banner of Truth Trust, 2005), 600 - 601.



¿CONOCES NUESTROS PODCASTS?



Sermón para
tu Semana



De la Biblia
a la Vida



Coalición
Podcast



Piensa Podcast



Textos Fuera
de Contexto

¡ENCUÉNTRALOS EN TU
PLATAFORMA FAVORITA!

coalicionporelevangelio.org/podcasts

Comunión con Dios, la Palabra y unos con otros: 3 factores ineludibles de nuestra espiritualidad

POR SAMUEL MASTERS



Imagina una escena: al amanecer, un monje solitario sentado sobre una roca en la cúspide de una montaña en los Himalayas. El viento gélido sacude las banderillas coloridas de oración colgadas a su entorno. Los primeros rayos de la luz del día iluminan su rostro.

Imagina otra escena: una larga mesa cargada de comida, a lo mejor un montón de cajas de pizza. Hombres y mujeres de todas las edades, y muchos niños (algunos inquietos y revoltosos). En medio del zumbido de muchas voces en conversación, una voz se levanta sobre las demás: «Hermanos, hermanos, silencio por favor, vamos a dar gracias por esta comida».

Ahora, una pregunta. ¿Cuál de estas escenas te parece más espiritual?

Se ha instalado en nuestros días, casi como un credo del hiperindividualismo predominante, que la espiritualidad es una cosa privada. Como no depende de ninguna realidad objetiva, forma parte de aquel dominio hermético donde cada individuo en su ilimitada libertad construye su propia identidad. Por ende, la espiritualidad de cada uno está por encima de cualquier crítica externa. El único código posible es el pragmatismo individual. Es decir, si a mí me ayuda, me tranquiliza, me centra, ¿qué me puede importar tu opinión? Mi espiritualidad es un sistema cerrado.

En el mejor de los casos, esta espiritualidad individualista resulta paliativa. Quizás sirva para reducir el dolor y la desorientación existencial, aunque no brinde una cura definitiva. En cambio, en la espiritualidad bíblica encontramos aquello que satisface el alma. La espiritualidad bíblica nos saca de nosotros mismos y nos vincula con Dios, con otros y con las raíces profundas de la verdad de todas las cosas.¹

«En la espiritualidad bíblica encontramos aquello que satisface el alma».

Juan describe esta espiritualidad bíblica:

«Y este es el mensaje que hemos oído de Él y que les anunciamos: Dios es Luz, y en Él no hay ninguna tiniebla. Si decimos que tenemos comunión con Él, pero andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad. Pero si andamos en la Luz, como Él está en la Luz, tenemos comunión los unos con los otros, y la sangre de Jesús su Hijo nos limpia de todo pecado» (1 Juan 1:5-7).

Primero, nos habla de la naturaleza de Dios. Dios es luz. No es un Dios que se esconde. Se hace conocer. El salmo nos dice que «en su luz vemos luz» (Sal 36:9). Es decir, Dios no solo se revela, sino que también nos diseñó con la capacidad de recibir y entender esa revelación. Esta cualidad reveladora de Dios implica otra cualidad: la de relacionarse. El Dios trino que existe en una relación de eterno amor mutuo ha formado a los seres humanos con la capacidad —en realidad, la profunda necesidad— de relacionarnos con Él. Así como las plantas dependen de la luz solar, nuestra personalidad humana se marchita y morimos si no

somos bañados por la luz eterna del amor de Dios.

En Dios no existen tinieblas. En Él no hay falsedad o medias verdades: «Tu palabra es verdad». (Jn 17:17). Su Palabra revela la realidad de su persona y de su creación. Por lo tanto, su Palabra sirve para orientar nuestra propia existencia, así como los girasoles del campo alinean sus cabezas según los rayos del sol. ¿Será una coincidencia que los girasoles parecen representaciones del sol que buscan en el cielo?

Fuimos creados para ser pequeñas imágenes de Dios en el mundo. Esa imagen que quedó estropeada por el pecado se va reconfigurando por la obra del Espíritu Santo en la medida que vivimos según la verdad de la Palabra de Dios. Como dice nuestro pasaje: «Si decimos que tenemos comunión con Él, pero andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad».

«Así como las plantas dependen de la luz solar, nuestra personalidad humana se marchita y morimos si no somos bañados por la luz eterna del amor de Dios».

¿Cómo se practica la verdad? Podríamos suponer que consiste en técnicas esotéricas solitarias como las de nuestro monje solitario en los Himalayas. Pero Juan no lo lleva a ese plano. La idea es otra: «Pero si andamos en la Luz, como Él está en la Luz, tenemos comunión los unos con los otros, y la sangre de Jesús su Hijo nos limpia de todo pecado». Es decir, se parece más a la mesa compartida del segundo ejemplo.

La espiritualidad bíblica consiste en un entendimiento nuevo de Dios sobre la base de su revelación; es una nueva orientación de los afectos del corazón hacia Él. Y la reforma de nuestro carácter se expresa en las relaciones humanas. Si amamos a Dios, debemos amar a nuestros hermanos. Este amor se puede expresar de mil formas prácticas y pequeñas. Comprando pizza y refresco. Poniendo la mesa y acomodando las sillas. Cuidando a los niños. Llamando la atención de los hermanos para orar. Conversando con todos los que están en la mesa sin buscar imponer o ignorar a los que no son como uno.

Esta comunión es posible porque «la sangre de Jesús su Hijo nos limpia de todo pecado». Esta limpieza es continua. Se expresa

gráficamente cuando compartimos la Cena del Señor, pero también cuando nos reunimos a escuchar la Palabra predicada, cuando nos visitamos en las casas o cuando comemos pizza juntos.

¹ Exploro este tema en mi libro *En espíritu y en verdad: Una introducción a la espiritualidad bíblica* (B&H Español, 2021).

TABLA DE CONTENIDO



Teología Concisa

UNA SERIE DE ENSAYOS TEOLÓGICOS
COMPLETAMENTE GRATIS.

www.coalicionporelevangelio.org/teologia-concisa/



¿Por qué vamos a la iglesia? **PORQUE SOMOS OLVIDADIZOS**

POR PETER NEWMAN

Ha habido algo apocalíptico en la pandemia de COVID-19: ha revelado cosas sobre la vida moderna que antes habían permanecido ocultas. Desde la fragilidad de nuestro sentido de seguridad hasta las promesas y peligros de la ciencia moderna, desde la condición fracturada de nuestros vínculos sociales hasta los hábitos alarmantes de conspiración que plagan a gran parte del público estadounidense, lo oculto ciertamente ha salido a la luz como resultado de la pandemia.

Algo que ha sido claramente descubierto es la falta de compromiso de la iglesia estadounidense respecto a la asistencia regular al culto dominical. Según una investigación de Barna, aproximadamente uno de cada tres cristianos ha dejado de asistir a la iglesia por completo (ya sea en persona o en línea) durante la pandemia. Un tercio adicional admitió haber visto la transmisión en línea de un servicio diferente del suyo, básicamente «saltando de iglesia» virtual, reflejando cierta mentalidad consumista endémica de gran parte de la iglesia evangélica.



Todo esto brinda una nueva oportunidad para considerar ciertas preguntas básicas: ¿Por qué vamos a la iglesia? ¿Qué es tan importante acerca de reunirse con regularidad como pueblo de Dios? Si bien es cierto que hay muchas buenas respuestas a esta pregunta (nos lo ordena la Escritura, los ritmos del *sabbat* son importantes, la adoración es fundamental para el discipulado y la evangelización, entre otras), una respuesta clave es simplemente esta: *vamos a la iglesia porque somos olvidadizos*.

RECORDANDO LA HISTORIA DE DIOS

A lo largo de la Biblia, vemos que Dios está especialmente preocupado por la memoria de su pueblo. De la misma manera, vemos que la amnesia espiritual es un problema serio e incesante para estas mismas personas. Existen muchos mandamientos de *no olvidar* la liberación y provisión de Dios (Dt 8), de *recordar* su fidelidad (Éx 13:3), de *recordar* sus maravillosas obras en la historia (Sal 106). El pueblo de Dios debe conocer, amar y recordar su historia. De hecho, esta historia, la historia de Dios sobre su pueblo, podría resumirse razonablemente así: el pueblo de Dios es infiel y *olvidadizo*, pero el Dios que se ha comprometido con ellos en amor es fiel y firme; Él *recuerda* a su pueblo.

Entonces, nuestro olvido y la memoria de Dios son parte integral de la historia: la misma historia que Dios nos llama a recordar.

¿Qué tiene esto que ver con asistir al servicio de adoración en el día del Señor? Como James K. A. Smith y muchos otros han explicado, somos seres *con historia*. Anhelamos historias; necesitamos narrativa. De una manera real, «nos contamos historias para vivir». Para decirlo de algún modo, necesitamos historias que nos digan *cómo* vivir, que nos proporcionen un guión para vivir. Alasdair MacIntyre escribió una vez: “Solo puedo responder a la pregunta “¿Qué debo hacer?” si puedo responder a la pregunta anterior “¿De qué historia o historias encuentro que soy parte?”».

La historia siempre debe fundamentar la acción; las narrativas que constituyen nuestro ser informan necesariamente en lo que nos convertiremos.

LA ADORACIÓN NOS FORMA EN LA HISTORIA DE DIOS

Como criaturas de historias, siempre estamos absorbiendo y viviendo *alguna* historia, ya sea verdadera o falsa, buena o mala. Como cristianos, hemos sido convocados por un Dios misericordioso para entrar en la verdadera historia del mundo. Aunque debería ser nuestro deber y deleite hacerlo, nosotros, al igual que el antiguo pueblo de Dios, a menudo fracasamos en esta tarea.

Olvidamos a Dios. No recordamos quién Él es y quiénes nos ha llamado a ser. Nos empapamos de historias falsas y por ende vivimos falsamente. Este es probablemente, y de forma especial, el caso en un mundo tan adicto a la tecnología digital como el nuestro, donde el artificio, la novedad y la desconexión del pasado parecen estar a la orden del día. En esta era sobreestimulada de los nuevos medios, necesitamos con desesperación recordar quién es Dios, quiénes somos y en qué historia estamos.

«En esta era sobreestimulada de los nuevos medios, necesitamos desesperadamente recordar quién es Dios, quiénes somos y en qué historia estamos».

Es aquí donde la adoración en la iglesia juega un papel crucial. Llegamos a su presencia en nuestra reunión como pueblo de Dios para que nos cuenten nuevamente la historia real; para escuchar nuevamente lo que Dios ha hecho en la persona y obra de Jesucristo; y para recordar lo

que Dios está haciendo ahora en y a través de su Espíritu para redimir y purificar a un pueblo para sí mismo. Esto sucede en la liturgia ordinaria de la iglesia: a través de la oración y la alabanza, a través de la Palabra y el sacramento. En su libro *Against Christianity* [Contra el cristianismo], Peter Leithart escribe:

A través de los rituales de adoración, nos comenzamos a dar cuenta de quiénes somos juntos; *por supuesto*, somos un pueblo pecador que necesita separarse del mundo y hacer un éxodo semanal de Egipto; *por supuesto*, somos un pueblo ignorante que necesita

ser instruido y recordado cada semana nuestro idioma y nuestra historia; *por supuesto*, somos los hijos de nuestro Padre celestial, quien ha dado todas las cosas gratuitamente en su Hijo y muestra ese don en el regalo de la comida; *por supuesto*, hemos sido injertados en la comunidad de la Trinidad, porque cada servicio de adoración comienza en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y termina con el nombre trino pronunciado sobre nosotros.

Para Leithart, es obvio (como lo indicaría el «por supuesto» repetido y en cursiva) que el pueblo de Dios (tal cual somos en la debilidad de nuestro corazón y confusión) debería tener que hacer un éxodo semanal del mundo para venir a la presencia de Dios. La adoración nos convierte en el pueblo de Dios. Nos instruye en nuestra historia y, por lo tanto, nos permite, como dice Leithart más tarde, «nombrar el mundo de manera cristiana». Nos recuerda, una vez más, que somos hijos de Dios y que fuimos llamados y capacitados para vivir como tales.

UNA NECESIDAD APREMIANTE

Para un grupo olvidadizo como el nuestro, los ritmos regulares de la iglesia nos recuerdan quién es Dios y quiénes somos nosotros: somos su pueblo en su mundo.

Esto, por supuesto, siempre ha sido una razón por la que los cristianos necesitan una iglesia. Sin embargo, quizás sea una razón aún más apremiante ahora, en este mundo digital acelerado

«Para permanecer y vivir la historia de Dios, debemos recordarla. Para recordarla, tenemos que ir a la iglesia».

donde la capacidad de atención se está reduciendo y las lealtades se están fragmentando. Todos los días, Internet nos lleva en cientos de direcciones diferentes, hacia tribus e historias diferentes (y en competencia). Esto fue especialmente cierto en el último año, cuando el aislamiento pandémico resultó en hayamos pasado aún más tiempo en Internet.

En un mundo como este, cada vez más artificial, distraente y, en cierto modo, *irreal*, si no nos esforzamos al menos *un* día a la semana para ser poderosamente recordados de nuestro lugar en la historia cristiana, nuestro corazones frágiles, volubles y olvidadizos invariablemente se apartarán de esta historia. En un mundo tan frecuentemente distorsionado por la vida en línea, necesitamos la fuerza clarificadora de la Palabra de Dios leída, predicada, orada, cantada y saboreada.

Para permanecer y vivir la historia de Dios, debemos recordarla. Para recordarla, tenemos que ir a la iglesia.

Publicado originalmente en *The Gospel Coalition*. Traducido por Equipo Coalición.

TABLA DE CONTENIDO





RESEÑAS COALICIÓN

¿Buscas un nuevo libro para leer o regalar?
¡Encuentra en nuestra página web
reseñas críticas de los últimos libros
publicados por tus autores favoritos!



www.coalicionporelevangelio.org/reseñas/

LAS *redes sociales* NO REEMPLAZAN LA COMUNIÓN DE LA IGLESIA

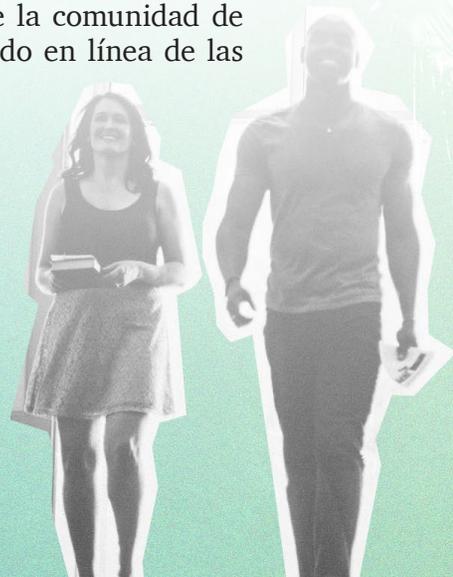
POR JOSUÉ BARRIOS

Para nadie es secreto que hoy muchos cristianos priorizan la interacción en línea en redes sociales por encima de la comunión con sus iglesias locales en sus propios contextos.

Los cristianos a veces chateamos más con amigos en Facebook o en cualquier otra red social de lo que conversamos con hermanos de la iglesia. A veces conocemos mejor lo que personas lejanas a nosotros publican en Internet que las luchas de hermanos cercanos en la fe, a quienes somos llamados a acompañar. A veces preferimos entretenernos con memes efímeros, en vez de pensar sobre cosas eternas en comunidad. Y es que resulta más cómodo pasar tiempo en Internet que sirviendo a otras personas y siendo retados por la Palabra en la iglesia local.

Tengo la convicción de que esta es una tragedia. Necesitamos redescubrir el valor de la comunidad de la iglesia local. Aunque las comunidades en línea pueden ser muy útiles, ellas no pueden reemplazar el lugar de la iglesia local en la vida del creyente.

En uno de los capítulos de [Espiritual y conectado](#) reflexiono en esta realidad y presento siete maneras en que la comunidad de una iglesia local saludable es superior al mundo en línea de las redes sociales. Estas son tres de ellas:



1) UNA COMUNIDAD DE GRACIA QUE CONFRONTA Y RECIBE

En la iglesia tarde o temprano sale a relucir quiénes somos en verdad. Por eso a veces he deseado en mi corazón que mi iglesia fuera más como las redes sociales, donde la gente dé «me gusta» a lo que digo y no se entrometa tanto en mi vida. Un lugar donde pudiera ocultar con facilidad mi pecado y no tener que lidiar también con el de otros hermanos.

Sin embargo, la iglesia local según la Biblia es una comunidad por medio de la cual Dios puede disciplinarnos cuando estamos en pecado sin arrepentirnos (Mt 18:15-20). Somos llamados a velar los unos por los otros y confrontarnos cuando es necesario, para que no seamos endurecidos por el pecado.

No siempre es fácil formar parte de una comunidad en la que otros tienen el permiso y la responsabilidad dada por Dios para corregirte y llamarte al arrepentimiento. Sin embargo, el propósito de toda disciplina en la iglesia, a diferencia de la cultura tóxica de culpa y cancelación en redes sociales, es tu edificación y mayor gozo en el Señor.

«Mientras en redes sociales sentimos que debemos presentar siempre nuestra mejor cara, la iglesia local es radicalmente diferente».

Al mismo tiempo, cada creyente en este lado de la gloria es una obra en proceso. Dios nos extiende gracia para que extendamos gracia a nuestro hermano en la fe, mientras Él sigue obrando en nosotros al hacernos más como

Su Hijo. La iglesia es una familia en la que podemos confesar nuestros pecados unos a otros (Stg 5:16). No sentimos necesidad de actuar como personas perfectas porque sabemos que Dios nos ama de tal manera que entregó a Su Hijo por nosotros para perfeccionarnos cada día más (Ro 8:29). De hecho, reconocer tu pecado es indispensable para formar parte de la iglesia (1 Jn 1:10).

Mientras en redes sociales sentimos que debemos presentar siempre nuestra mejor cara, la iglesia local es radicalmente diferente. No puedes ser miembro de una iglesia local si no admites que aún no eres lo que deberías ser. En la iglesia somos libres para reconocer nuestros pecados y arrepentirnos porque ninguno de nosotros es llamado a pertenecer a ella por sus propios méritos.

Así que mientras la iglesia es una comunidad de gracia que confronta, al mismo tiempo es una comunidad de gracia que recibe a pecadores arrepentidos.

Cuando nuestras iglesias viven conforme a esto, son comunidades magnéticas, refrescantes y atractivas, en un mundo lleno de vanidad, culpa, vergüenza, temor y egocentrismo, como se refleja en redes sociales.

2) UNA COMUNIDAD LLENA DE PERSONAS QUE NO ESCOGERÍAMOS

En la iglesia no puedes escoger a tus hermanos como escoges a las personas que quieres tener como amigos en redes sociales. En palabras del pastor Jay Adams:

«Las comunidades digitales son convenientes y personalizables. Se basan en nuestras preferencias y están diseñadas para ser elegidas o no elegidas fácil y rápidamente. ¿No te gusta algo que alguien dijo en tu feed de Facebook? Deshazte de ellos.... Pero las comunidades analógicas son diferentes. Cuando nos presentamos en persona, no es tan fácil dejar de ser amigos, dejar de seguir y bloquear. Porque a pesar de nuestras diferencias e incompatibilidades, aquí estamos. A pesar de nuestras desconexiones y perspectivas a menudo divergentes sobre las cosas, nos hemos reunido y nos hemos comprometido a dar una parte de nuestras vidas y energías a personas en particular en un lugar en particular en un momento en particular. Así son las familias».¹

Esta característica de la iglesia, de unión familiar en Cristo a pesar de la diversidad, es un logro de la obra de Jesús para la gloria de Dios (Gá 3:28; Ef 2:11-22). La grandeza del Señor y Su sabiduría es dada a conocer en esto no solo al mundo (Jn 17:20-21), sino también «a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que llevó a cabo en Cristo Jesús nuestro Señor» (Ef 3:10-11).

Cuando el pueblo de Dios es uno solo a pesar de la diversidad entre sus miembros, Él es exaltado por encima de las cosas que podrían dividirnos. Así testificamos con nuestra vida que Él vale más que todo lo demás.

3) UNA COMUNIDAD DONDE LA GRACIA BRILLA EN MEDIO DEL QUEBRANTO

La iglesia es una familia gozosa donde hay momentos en que nos sentiríamos cómodos compartiendo en Internet, pero también es una familia sufriente donde lloramos con los que lloran (Ro 12:15). De hecho, la belleza de la gracia de Dios en la iglesia nunca brilla más que cuando nuestra vida atraviesa el valle de sombra y muerte. Es en medio del dolor y la adversidad que más podemos apreciar la bendición de tener la compañía de la iglesia. Ella es la comunidad que Dios puso a tu lado para consolar tu corazón y animarte a perseverar en la prueba.

Cuando sentimos que el dolor golpea nuestra vida, no queremos un simple mensaje de voz en nuestros teléfonos, reacciones con corazones o manos orando en nuestras fotos en redes, o comentarios con *emojis* tristes en nuestras publicaciones. Podemos

«Es en los momentos que no son dignos de un “me gusta” en redes sociales que la iglesia puede lucir más radiante en nuestra vida para la gloria de Dios».

agradecer esas cosas, pero queremos algo más humano. Queremos algo más real. Necesitamos gente a nuestro lado que nos ayude y fortalezca de la forma correcta: dirigiendo nuestra mirada al Señor y no a nosotros mismos o nuestras circunstancias.

Es en los momentos que no son dignos de un «me gusta» en redes sociales que la iglesia puede lucir más radiante en nuestra vida para la gloria de Dios.

¹ *Analog Church*, 106-107.

Este artículo es un fragmento adaptado con permiso del libro *Espiritual y conectado: Cómo usar y entender las redes sociales con sabiduría bíblica* (B&H Español, 2022).





Cursos

RECURSOS GRATUITOS EN LÍNEA
SOBRE VIDA & TEOLOGÍA

coalicionporevangelio.org/cursos



TABLA DE CONTENIDO



El peligro del aislamiento virtual en el teletrabajo

POR ANA ÁVILA



Una de las razones por las que me gusta ser escritora y editora es que puedo trabajar desde casa. No es la razón principal (sería un poco ridículo que lo fuera) pero al ser introvertida y no saber conducir, se convierte en una razón importante. No me imagino de regreso en una oficina. No tengo que lidiar con el tráfico, mi horario laboral es flexible, puedo organizar mi oficina como quiera, trabajo cerca de mi familia... En fin, los beneficios de trabajar desde casa son muchos.

Pero los peligros también. Empecé a darme cuenta más o menos en mayo de 2020.

Cuando inició el confinamiento por la pandemia, mi vida siguió bastante «normal» por algunas semanas. Bromeé sobre esto varias veces. Como lo que me cuesta es salir de mi casa y hablar con la gente, pensaba que las medidas de aislamiento no me afectarían para nada. Estaba muy equivocada. Sea cual sea nuestra personalidad, como canta Barbra Streisand, «las personas que necesitan a las personas son las personas más afortunadas del mundo».¹ Todos somos afortunados de necesitar a las personas. Lo desafortunado es que muchos no nos damos cuenta o —peor aún— nos rehusamos a creerlo.

Antes del confinamiento, aunque trabajaba desde casa, tenía varias maneras de conectar con mis colegas y con aquellos a quienes servimos. Mis compañeros y yo viajábamos algunas veces al año y nos relacionábamos en conferencias o eventos

especiales. Podíamos salir a comer o tener una reunión presencial de vez en cuando con los miembros del equipo que vivían cerca. Los miembros de las iglesias en nuestra ciudad podían compartírnos en persona cómo nuestro trabajo les había animado o confrontado.

«Dios nos hizo criaturas que necesitan comunidad. Nadie, ni siquiera el más introvertido, está diseñado para sobrevivir en aislamiento».

Comparado con alguien que sale a trabajar diariamente y ve en persona a sus compañeros y a quienes sirve, la interacción física que yo tenía en el contexto laboral no era mucha. Sin embargo, si a esta limitada interacción añadía el tiempo que pasaba rodeada de mi familia, amigos e iglesia local, el calor de mi comunidad me confortaba y confrontaba, tal y como el Señor lo diseñó.

Cuando todo esto se fue, empecé a notar con más claridad los peligros a los que —confinados o no— estamos expuestos si trabajamos virtualmente. Estos son solo tres:

1) Deshumanizar a tus colegas:

Cuando toda nuestra interacción laboral se reduce a mensajes de Slack, correos electrónicos y sesiones en Zoom (donde muchas cámaras ni siquiera están encendidas), llega el punto en el que nuestros compañeros de trabajo se convierten en un simple avatar en la pantalla. Solo están ahí para resolver alguna duda o enviarnos el documento que necesitamos. Se nos olvida que nuestros colegas son seres humanos de carne y hueso, con fortalezas y debilidades, tristezas y alegrías.

2) Olvidarte de a quién sirves:

El propósito de nuestro trabajo no es obtener cierta cantidad de dinero al mes para pagar las cuentas. El fin de nuestro trabajo es el mismo que el de toda actividad que realizamos como creyentes: amar a Dios y amar al prójimo (Mr 12:28-34). Pero la distancia entre nosotros y aquellos beneficiados por nuestra labor puede

ocasionar que se nos olvide que la meta de nuestro esfuerzo va más allá de completar una lista de tareas.

Las personas a quienes servimos con nuestro trabajo son mucho más que una factura, un «me gusta» o un correo electrónico para la lista del *newsletter* de la compañía: son criaturas hechas a imagen de Dios, a quienes somos llamados a amar como hemos sido amados.

3) Ahogarte en los problemas:

Muchos tendemos al orgullo o al temor al hombre (o ambos) y nos cuesta pedir ayuda cuando la necesitamos. Esto puede agravarse cuando estamos trabajando desde casa. No tenemos la libertad que quizá sería más natural para alguien que está rodeado de personas en una oficina: compartir algo con lo que estoy teniendo dificultad mientras tomamos el primer café de la mañana.

Incluso los más reacios a compartir con otros descubrirán que, si estás en una oficina, es probable que tus gestos o tu voz te delaten y tus compañeros se den cuenta de que no la estás pasando tan bien con cierto proyecto. Pero los que estamos trabajando desde casa solo tenemos la computadora que está frente a nosotros... y su reflejo muestra solo una persona. El aislamiento puede llevarnos a pensar que solo nos tenemos a nosotros mismos para resolver la dificultad laboral que estamos atravesando.

Eres una persona que necesita personas

Dios nos hizo criaturas que necesitan comunidad. Nadie, ni siquiera el más introvertido, está diseñado para sobrevivir en aislamiento. Pero si nuestras rutinas laborales nos obligan a pasar mucho tiempo alejados de otros, ¿qué podemos hacer al respecto?

Por un lado, sabemos que la interacción digital nunca será un sustituto para la interacción cara a cara. Necesitamos ver de cerca la sutileza de cada gesto en los rostros que nos rodean. Necesitamos sentir el calor de un abrazo o de una mano sobre el hombro. Necesitamos presentarnos como somos y ver a otros sin filtros y encuadres que nos convierten en una retocada cabeza flotante en el universo virtual.

«Cada dificultad laboral es una oportunidad para practicar la humildad y buscar mejorar con ayuda de otros».

Todo esto es cierto. Pero para los que trabajamos desde casa, la interacción digital es una bendición grande que podemos y debemos aprovechar. Aunque no suplirá por completo nuestra necesidad de conectar con otros, si nos rendimos a la «fatiga de Zoom» y nos aislamos completamente de aquellos con quienes servimos y aquellos a quienes servimos no tardaremos en caer en la trampa de los peligros que mencionamos anteriormente. Debemos luchar contra ellos.

¿Qué hacer, entonces? No tengo respuestas definitivas, pero tengo algunas ideas sobre dónde empezar. Para luchar contra los peligros del aislamiento virtual debemos cultivar la oración, la humildad y la intencionalidad.

1) Cultivar la oración:

Quizá oras para que Dios bendiga tu negocio, te ayude a ser diligente en tus labores y te dé fuerzas cuando sientes que no tienes ninguna. Si no lo haces, deberías. Pero tu oración no debe quedarse ahí. Después de todo, la vida de un creyente no es una vida enfocada en sí mismo, sino en los demás. ¿Por qué no incluyes a tus colegas y a las personas a quienes sirven en tus oraciones?

Primero que nada, pide continuamente al Señor ojos para ver a las personas como Él las ve: seres formados a imagen de Dios. Pide también un corazón que ame como ha sido amado; ruega al Señor por una actitud de siervo, como la de Cristo, que se entrega a favor de los demás (Fil 2:3-15).

2) Cultivar la humildad:

Detesto con todo mi ser tener que decirle a mis colegas que necesito más tiempo o que estoy batallando con un artículo. ¡Escribí un libro de productividad y enseñé a otros sobre escritura! Reconocer que me he retrasado o que las ideas están enredadas es humillante. Pero esto es algo bueno. Necesito ser humillada (Sal 119:71, RVR60).

Mi instinto pecaminoso es dejar de dormir para intentar terminar a tiempo yo solita y sin que nadie se entere. Pero lo que debo hacer es procurar la humildad y acercarme a otros diciendo la verdad: necesito ayuda. ¿Cuándo fue la última vez que te arriesgaste a «lucir como un tonto» delante de tus colegas al hacer las «preguntas obvias» que nadie se atreve a hacer? ¿Cuándo fue

la última vez que reconociste tu error en un email o una llamada: «Me comprometí contigo de entregar este proyecto el lunes; no lo hice. Perdóname»?

Cada dificultad laboral es una oportunidad para practicar la humildad y buscar mejorar con ayuda de otros. ¡No nos perdamos el privilegio de aprender de otros y ser afilados por los que nos rodean!

3) Cultivar la intencionalidad:

«Es hora de despertar del letargo virtual. ¡Dios nos libre de conformarnos con las relaciones a distancia y conexiones pixeladas!».

Soy la primera en huir de juntas sin propósito como si fueran la peste. Muchas de esas interacciones rutinarias solo nos hacen sentir productivos sin que realmente avancemos en nada. Con todo, esto no quiere decir que la solución es

eliminar todo tipo de reunión y convertir nuestra organización en una máquina en la que cada engrane hace lo suyo sin comunicarse más de lo estrictamente necesario con los demás. Es bueno tener reuniones periódicas (sin abusar) para ver a nuestros colegas, preguntarles cómo están, saber si podemos ayudarles en algo y orar juntos.

Pequeños detalles como apuntar los cumpleaños de los miembros de tu equipo y enviarles un detalle como regalo pueden hacer una gran diferencia. Quizá podrías llamar a un colega una vez a la semana solo para charlar o preguntarle cómo puedes estar orando por él. Favorecer los videos o las notas de voz por encima de los mensajes de texto también pueden hacerte sentir más conectado incluso a la distancia.

¿Quédate en casa?

Todavía recuerdo cuando empecé a trabajar en casa. Mi esposo, ingeniero civil, salía de seis de la mañana a seis de la tarde. Una vez, cuando llegó, lo saludé con un «¡Hola!» que salió resquebrajado. «¡Wow!», continué, «Esta es la primera vez que utilizo mi voz desde que te fuiste en la mañana».

El aislamiento, con todos sus peligros, es tentador para mí. Creo que no soy la única. Incluso cuando las medidas de confinamiento se han relajado en la mayoría de los países, muchos nos hemos acostumbrado a vivir solo a través de una pantalla. Decimos que estamos «hartos de Zoom» pero nos cuesta levantarnos de la cama el domingo, así que mejor prendemos el televisor para ver la predicación a través de Internet. Si ya sabemos que la reunión se puede hacer virtual, ¿para qué tomarnos la molestia de alistarnos y salir de casa?

Es extraño: el aislamiento es insatisfactorio para nuestras almas, pero tras habernos visto obligados a experimentarlo durante más de un año, nos hemos acostumbrado a esa insatisfacción y nos cuesta salir de ella. Esto es particularmente peligroso si nuestras labores no demandan siquiera que intentemos salir al «mundo real» y ver a otros cara a cara. Los que trabajamos desde casa debemos ser todavía más cuidadosos en procurar las relaciones en carne y hueso, porque no «suceden solas», como podría ser el caso de los que trabajan en una oficina.

Es hora de despertar del letargo virtual. ¡Dios nos libre de conformarnos con las relaciones a distancia y conexiones pixeladas!

¹ De la canción «People»: *People, people who need people, are the luckiest people in the world.*



Miradlos: UN POEMA SOBRE LA COMUNIÓN DE LA IGLESIA

POR GERSON MOREY

Miren cuán bueno y cuán agradable es
Que los hermanos habiten juntos en armonía
(Sal 133:1).

...Miradlos, un domingo juntos

Las voces se alzan
y llenan el cielo con peticiones,
alabanzas, melodías,
y acción de gracias.

Prestan atención y oyen,
el sonido del cielo ahora tiene la Palabra.
Las voces dan paso a la Voz;
indicativos, imperativos, promesas
anuncia el portavoz.

El pan allí espera. Suave.
El vino aguarda. Rojo.
Ellos marchan hacia la mesa y llegan,
Para que el pan de vida coman
y la copa de la hemorragia, beban.

La sensación de pertenencia los invade al verse
Alcanza su máxima expresión....
Juntos, esa adrenalina se fortalece.

...Miradlos, en la semana juntos

Presta atención y míralos.
Míralos, en la penosa
tarea de soportarse.



En días de lluvia se acercan,
para juntos llorar.
En el día soleado
se reúnen a celebrar.
Se ayudan, se animan, se frecuentan.
Miradlos, ahí juntos van.
Pero no todo es rosado,
porque el evangelio
acercó sus pies y
algunos callos se han pisado.

Hay discrepancia y confrontación.
Se ofenden y fallan,
pero no se distancian.

Observa bien porque
van repartiendo compasión,
perdón intercambian,
para saborear reconciliación.

...Miradlos, una vida juntos.

Miradlos,
torpes, defectuosos e imperfectos.
La ironía es que,
de Dios, son instrumentos.

Miradlos,
pulidos, mansos y lisos.
En esa cercanía
hierro con hierro
el Maestro los hace sumisos.

Miradlos,
cuán hermoso, habitan
con adoración vocal
los hermanos
de la iglesia local.

Miradlos, una vida juntos.

Con arruga y cana,
amándose han envejecido
pero no ha sido una vida vana.

TABLA DE CONTENIDO



TGC

 **EBOOKS**
COALICIÓN

LIBROS GRATUITOS PARA
LA IGLESIA HISPANA

¡DESCÁRGALOS HOY!



Fortaleciendo la comunión como miembro de la iglesia

POR FLAVIA JOHANSSON



Cada inicio de año las personas suelen establecer resoluciones para crecer y aprender. Eso me parece algo muy bueno. Aunque las metas suelen incluir actividades como «ir más» o «ir al gimnasio», imagina por un momento si cada creyente tuviera «fortalecer la comunión de mi iglesia» entre sus objetivos para el año nuevo. Visualiza por un instante lo diferente que sería la iglesia local si cada miembro se decidiera a invertir todas sus fuerzas en amar más, servir más y perdonar más al cuerpo de Cristo, del mismo modo en que ellos han sido perdonados, amados y servidos.

¿Qué significa «vivir conforme el llamado»?

En su carta a los Efesios, Pablo revela el gran y eterno plan de Dios para hacernos uno en Cristo. El apóstol desarrolla este propósito en los primeros tres capítulos, explicando cómo fue concebido en la eternidad pasada, antes de la fundación del mundo. El Señor se dispuso a establecer Su reino a través de la muerte y resurrección de Jesús, y de ese modo unir a toda la iglesia y a toda la creación bajo la dirección y gobierno de Cristo.

Pablo continúa su exposición exhortando a la iglesia en Éfeso: «vivan de una manera digna de la vocación con que han sido llamados» (4:1). Aunque puede haber diferentes opiniones respecto a lo que Pablo se refiere exactamente,

«Lo que motiva nuestro comportamiento para vivir una vida digna en comunidad debe ser la gracia por la que hemos sido salvados».

está claro que —especialmente en los primeros versículos— el apóstol hace hincapié en la unidad, una unidad interna y orgánica, que descansa en la obra del poder de Cristo que mora en los creyentes (vv. 1-6).

Básicamente, Pablo está diciendo: «La iglesia es espiritualmente una; por tanto, ¡que sea espiritualmente una!».¹ El punto aquí es que el apóstol está llamando a los efesios a vivir según el llamado a la comunión de los hijos de Dios, a la unidad en la diversidad en base a la verdad y el poder del evangelio en sus vidas.

Esta comunión espiritual tiene como propósito que seamos de bendición los unos para con los otros, de modo que la iglesia pueda ser edificada y así ser una bendición para el mundo (Jn 17:21). Lo que aprendemos es que ni tú ni yo tenemos en nosotros mismos la capacidad para vivir una vida digna del evangelio. Por lo tanto, vivir según este llamado es refugiarse en Dios, en todo lo que Él es y en todo lo que Él provee para la edificación de su Iglesia.

Cómo fortalecer la comunión

Cuando buscamos fortalecer la comunión de la iglesia, muchas veces se piensa en cosas que se pueden hacer: invitar a comer a un soltero, mandar un mensaje a alguien que no vino a la reunión, llamar a la hermana que está pasando por una prueba, etc. Todas estas ideas son buenas, pero lo que Pablo expone en los primeros capítulos de Efesios nos ofrece la base indispensable para ser capaces de fortalecer la comunión en nuestras iglesias: reconocer que somos hijos de Dios totalmente por gracia.

No hay nada que podamos hacer para ser dignos de recibir la salvación (Ef.2:8). Por lo tanto, lo que motiva nuestro comportamiento para vivir una vida digna en comunidad debe ser la gracia por la que hemos sido salvados.

Abandona el pecado para crecer en comunión

Muchos viven procurando actividades que llevan a la unidad mientras que, en lo secreto, descuidan el pecado que hay en su interior. Pero lo que hacemos y somos allí donde ningún hermano puede vernos tiene efectos en la comunión de la iglesia: «Hay muchos miembros, pero un solo cuerpo.[...] Si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él; y si un miembro es honrado, todos los miembros se regocijan con él» (1 Cor 12: 20, 26). Somos iglesia; todo lo que somos y hacemos afecta al cuerpo de Cristo.

«Somos iglesia; todo lo que somos y hacemos afecta al cuerpo de Cristo».

Dahiana era una jovencita que servía en su iglesia local con fervor. Cada semana reunía un grupo de diez chicas en su casa para estudiar la Biblia y aprender juntas. Todos los

domingos se esforzaba por llegar más temprano que todos los hermanos para preparar el salón para la reunión. Con todo, había un pecado que controlaba a Dahiana: el chisme.

Ella solía contar a otras hermanas situaciones íntimas que se compartían en confianza dentro de su grupo de estudio bíblico. Además, Dahiana no podía perdonar a una hermana con la cual había tenido un conflicto, a pesar de que la hermana se acercó a pedirle perdón arrepentida.

Un día, una hermana madura en la fe confrontó a Dahiana por sus «pecados respetables» (esos que no parecen «escandalosos» delante de las personas). Esta hermana le mostró la manera en que sus pecados estaban dañando al cuerpo de Cristo. Por gracia de Dios, Dahiana se arrepintió, se humilló y empezó a buscar el perdón de sus hermanas. Dios usó esta situación para fortalecer la comunión de la iglesia, a pesar de que la restauración tomó un tiempo.

Virtudes, no reglas

Si continuamos leyendo la carta a los efesios, Pablo deja claro lo que verdaderamente significa vivir una vida digna del llamamiento: «Vivan con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándose unos a otros en amor» (Ef 4:2). Existe una estrecha relación entre las virtudes que el apóstol enumera aquí y el fruto del Espíritu Santo que se describe en Gálatas 5:22-23.

Es interesante notar que Pablo no empieza su exhortación con una lista de leyes o reglas, diciendo: «Ahora que eres cristiano, será mejor que te comportes de tal modo, este es el estándar de conducta que todos deben obedecer». No,

el apóstol empieza con virtudes y posturas relacionales... y es que ser hijo de Dios se trata de entender el amor, el perdón y la gracia recibida y, como respuesta, buscar dar a otros lo que hemos recibido. Esa es la manera en que se fortalece la comunión entre los hermanos.

«Ser hijo de Dios se trata de entender el amor, el perdón y la gracia recibida y, como respuesta, buscar dar a otros lo que hemos recibido».

Ahora, es imposible que dos personas vivan juntas sin que en algún momento tengan algún conflicto. De este lado de la eternidad siempre habrá cosas que nos irritan o molestan, y asuntos en los que no estamos de acuerdo entre nosotros. La cuestión es cómo aprendemos a convivir con otras personas, para ser dignos del llamado de Cristo. Llegar a la reunión con una sonrisa no es suficiente; más bien, debemos llegar a la reunión con un corazón que procura servir a los hermanos porque ha comprendido con humildad cuánto Dios lo ha perdonado.

Un corazón totalmente quebrantado por el amor que ha recibido estará listo para dar el mismo amor a sus hermanos.



¡Síguenos en nuestras
Redes Sociales!



@coalicionporevangelio



Coalición por el Evangelio



@coalicionporevangelio



Coalición por el Evangelio



www.coalicionporevangelio.org

Vivir según lo que somos: uno

En los siguientes versículos, Pablo deja en claro que debemos vivir según lo que somos: uno. Los creyentes no tenemos la responsabilidad de crear la unidad en la iglesia... ¡Dios ya lo hizo Dios a través de la obra redentora de Cristo! Somos una comunidad sobrenatural, formada por Dios, con el propósito de mostrar la gloria de Dios; somos unidos a Cristo por medio de la fe, el bautismo y una esperanza.

El Espíritu Santo crea el único cuerpo: la iglesia. La unidad ya es un hecho consumado por Dios mismo. Con todo, los creyentes debemos esforzarnos por preservar y fortalecer esta comunión, viviendo de manera coherente con la doctrina que Pablo explica en los primeros capítulos de la epístola (Ef. 1-3). Debemos perseguir la unidad de manera intencional. Debemos vivir a la luz de lo que Dios ya nos ha dado en Jesús.

En última instancia, la clave para fortalecer la comunión de tu iglesia local está en reconocer todo lo que Dios te ha perdonado y amado, para así poder perdonar y amar a tus hermanos. Esta es la única manera de vivir «con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándose unos a otros en amor, esforzándose por preservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz» (Ef 4:2-3).

«La unidad indestructible de la iglesia no es excusa para consentir la tragedia de su desunión real».

Imagina una pareja, el señor y la señora Pérez, con sus tres hijos: Pedro, Martín y Enrique. Son una sola familia; no hay duda de ello. El matrimonio y la paternidad los han unido. Con el tiempo, sin embargo,

la familia Pérez empieza a desintegrarse. El padre y la madre tienen diferencias, se distancian cada vez más y finalmente se divorcian. Los tres chicos también tienen conflictos, primero con sus padres y luego entre ellos. Finalmente, se separan. Nunca se ven ni se escriben. Pierden por completo el contacto entre ellos. Sería difícil imaginar una familia que haya experimentado una desintegración más desastrosa que esta.

Ahora bien, supongamos que somos primos de los Pérez: ¿cómo reaccionaríamos? ¿Nos encogeríamos de hombros, sonreiríamos complacientemente y murmuraríamos: «Oh, bueno, no importa, siguen siendo una familia, ya sabes»? Técnicamente estaríamos en lo cierto. A los ojos de Dios, siguen siendo una familia, indestructible. Nada puede alterar la unidad de la familia que los lazos del matrimonio y el nacimiento han impuesto. Pero ¿aceptaríamos esta situación? ¿Intentaríamos excusar o minimizar la tragedia de su desunión apelando a la indestructibilidad de sus lazos familiares? No, esto no satisface nuestra mente, ni nuestro corazón, ni nuestra conciencia. ¿Qué haríamos entonces? Seguramente buscaríamos ser pacificadores. Les instaríamos a «mantener la unidad de la familia mediante el vínculo de la paz», es decir, a demostrar su unidad familiar arrepintiéndose y reconciliándose entre sí.

De la misma manera, la unidad indestructible de la iglesia no es excusa para consentir la tragedia de su desunión real. Todo lo contrario: el apóstol nos dice que estemos ansiosos por mantener la unidad del Espíritu. ¿Lo estamos?

¹ Hendriksen, Comentario Efesios, p.134



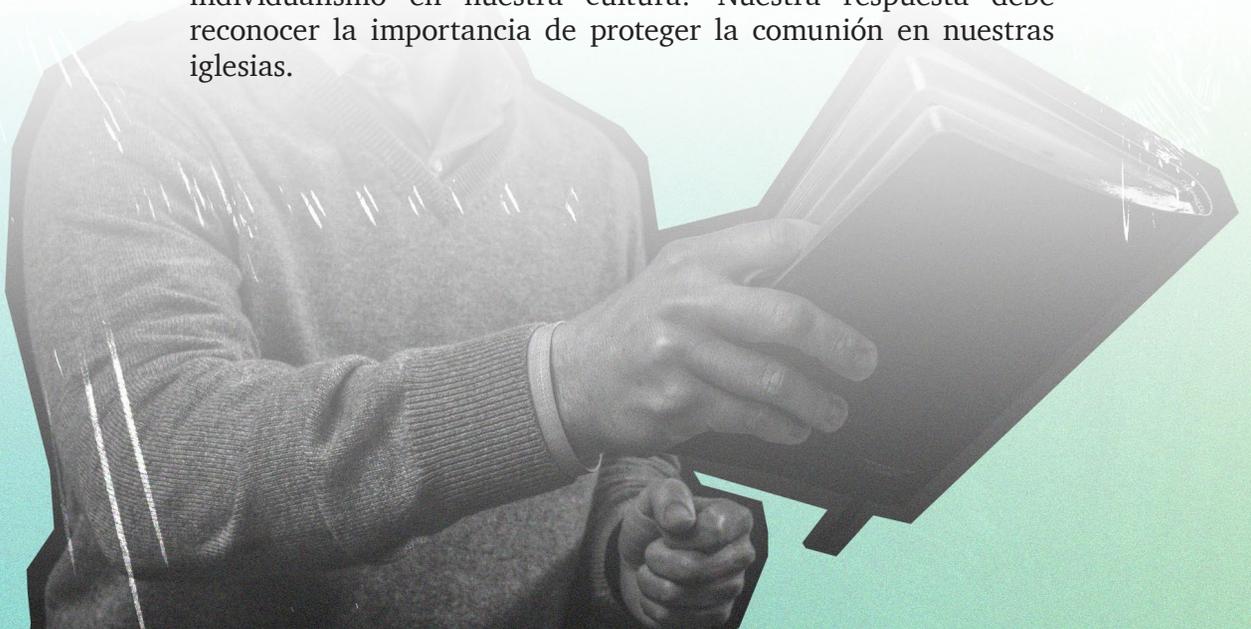
PASTOR, AYUDA A TU IGLESIA A CUIDARSE DEL *individualismo.*

POR JOSÉ «JOSELO» MERCADO

Vivimos en un mundo individualista. Es cada vez más claro que el énfasis de nuestra cultura está en la definición autónoma del individuo. Como Carl Trueman presenta en El origen y el triunfo del ego moderno, la sociedad en que vivimos está formada con la idea de que el individuo es quien gobierna su vida.

Una de las muchas maneras en que podemos ver esto es en el auge de ideas posmodernas sobre una sexualidad que no está basada en la ley natural o los principios bíblicos, sino en definiciones individuales de la realidad que cada persona percibe o prefiere. Por ende, hoy vemos a personas diciendo que son mujeres cuando biológicamente son hombres y viceversa.

¿Cómo podemos los pastores ayudar a nuestras congregaciones a responder y no sucumbir ante esta y otras expresiones de individualismo en nuestra cultura? Nuestra respuesta debe reconocer la importancia de proteger la comunión en nuestras iglesias.



NUESTRO ROL PASTORAL

Como pastor, medito mucho en las epístolas pastorales, 1 y 2 de Timoteo. Ellas están cercanas a mi corazón porque definen mi rol en la iglesia. En ellas, vemos que uno de los énfasis del apóstol Pablo es ayudar a Timoteo a proteger la comunión entre los creyentes, cuando tal comunión es fortalecida por medio del evangelio. De igual manera, en mi enseñanza quiero comunicar que lo que debe definir nuestra comunión es el evangelio de Cristo, ya que esto es lo que crea una verdadera unidad entre los creyentes (Ef 3:4-6).

Pablo advierte a Timoteo sobre falsos maestros que traen vientos de doctrinas que pueden afectar la unidad que tenemos en el evangelio (1 Ti 6:3-5). En estos días, como mencionamos, estos vientos de doctrina vienen soplando en el tema del individualismo extremo. Así que debemos ayudar a nuestras iglesias no solo a distinguir fallas morales en la sociedad, sino también las filosofías detrás de ellas. Al hacer esto, cumpliremos con nuestro rol de proteger la unidad de la iglesia y la comunión de los hermanos.

RESPONDIENDO A LA REVOLUCIÓN SEXUAL

Por ejemplo, ¿qué tiene que ver el individualismo que define a la revolución sexual actual con el tema de la comunión entre los creyentes? Desde mi perspectiva, están íntimamente relacionados y es importante mostrarle esto a nuestras congregaciones. Una de las formas en que la iglesia contrarresta la presión cultural, y se comporta de forma contracultural, es afirmando una cosmovisión bíblica sobre la vida en comunidad.

Lamentablemente, muchas veces batallamos contra las agendas culturales dañinas solo desde una perspectiva ética-bíblica y no también desde una perspectiva

«El evangelio define la realidad de lo que somos, y lo que somos es parte de una comunidad».

filosófica-bíblica. Simplemente le decimos a nuestros hijos las reglas morales (no fornicarás, no adulterarás) y que el matrimonio está formado por un hombre y una mujer, pero no les decimos que las filosofías del mundo están atacando esta institución. Fallamos en explicar que el frente de ataque actual es una cultura que adora al «yo» y en la cual definimos lo real basándonos solo en

nuestra sensación de felicidad. Al no presentar la parte filosófica, permitimos que la misma idea errada entre por otras avenidas y al final socavan las convicciones meramente éticas.

De hecho, los creyentes no somos ajenos a esas influencias culturales porque aun nosotros abrazamos algunas ideas de ese individualismo extremo en nuestras vidas. Damos prioridad a nuestros deseos personales y dejamos de congregarnos cuando no queremos hacerlo. Les decimos a nuestros hijos que ellos pueden ser lo que *ellos* se propongan y no les enseñamos a morir a ellos mismos por el bienestar de la comunidad de creyentes. Esta es una receta para que la nueva generación abrace una visión individualista de la vida, que da pie a la moral liberal de la sexualidad, porque al final del día las reglas éticas no proveen

«En este mundo individualista, es crucial que los pastores sirvamos a nuestras iglesias ayudándoles a entender qué es lo que nos une como creyente».

convicciones. Solo el evangelio, en conjunto con argumentos consistentes, nos ayuda a tener y formar verdaderas convicciones bíblicas.

Entonces, ¿deseamos proteger a nuestros hijos frente a la revolución sexual? Más que decirles que la promiscuidad

es pecado, debemos darles una visión de cómo Dios ve el mundo. Dios no creó al ser humano para que viva individualmente encontrando su realización en desarrollar una imagen propia a su conveniencia y sin considerar a los que están a su alrededor. Esto no solo traerá destrucción a la sociedad en general, sino que quitaría toda satisfacción de vivir. Dios nos creó para reflejar su imagen en medio de la comunidad de aquellos que reflejan su imagen. No solo debemos decirles esto a nuestros hijos, sino también mostrarles en nuestras vidas cómo el evangelio nos hace morir a la esclavitud del «yo» para vivir en la libertad de la comunidad.

CULTIVA UNA COSMOVISIÓN BÍBLICA INTEGRAL

Aquí es donde la iglesia ha fallado en desarrollar una cosmovisión bíblica integral. El cristianismo no es solo un grupo de edictos y pasos a seguir para llegar al cielo. Es el mensaje del poder del evangelio para salvación del creyente (Ro 1:16), el cual ahora debe informar cómo vivimos de una manera integral (Ef 4-6; Ro 12:1-2).

Por lo tanto, los pastores debemos compartir una cosmovisión integral con nuestras iglesias que incluya la vida en comunidad.

Esta vida en comunidad no es un simple mandamiento. Por ejemplo, el mandato en Hebreos a no dejar de congregarnos es un llamado más amplio que solo asistir a las reuniones de la iglesia (10:24-25). Nos muestra que ya no somos solo seres individuales y sin dirección en esta vida, sino que ahora somos parte de un pueblo que vive bajo el señorío de Cristo y nuestras vidas están sometidas a Él. Gran parte de este sometimiento, y la afirmación de nuestro estado como redimidos, se refleja en nuestro compromiso hacia la comunidad de creyentes. Así vamos en contra del espíritu de individualismo que permea en nuestra sociedad.

En este tiempo donde el mundo es definido más que nunca por el «yo», los cristianos debemos vivir alrededor del compromiso que tenemos dentro del pacto de la gracia, afirmando la vida en comunidad. No me refiero a que debemos tomar, por ejemplo, las costumbres de los menonitas, quienes van a un extremo y se visten todos de una misma forma. Lo que propongo no es homogeneizar, pero sí ser radicales en morir a nuestro «yo». ¿Cómo lo hacemos? Al centrar nuestras vidas en el evangelio y por ende en la comunidad de creyentes.

HACIA UN CRISTIANISMO SIN INDIVIDUALISMO

Esto requiere que repensemos nuestra comprensión del evangelio. Uno de los problemas que tenemos hoy es que el mundo evangélico ha presentado en su retórica una salvación muy individual. Es cierto que, como Martin Lutero afirmaba, llegará un día en que cada persona rendirá cuentas ante Dios individualmente. Sin embargo, no podemos olvidar que nuestra salvación individual es vivida y afirmada en comunidades de creyentes.

Esta es una verdad para enfatizar en nuestros días de individualismo extremo. Por ejemplo, en los últimos años se ha hecho énfasis en cómo luce una iglesia saludable, y eso es bueno. Sin embargo, en esos argumentos pocas veces escucho el rol dado por Dios a los creyentes, de que semanalmente afirmemos nuestra permanencia en la comunidad del pacto de Dios cuando nos congregamos con otros creyentes. Una de las principales herramientas para que puedas estar seguro de tu salvación es que tu comunidad local pueda afirmar que eres parte del pacto. Eso

solo se logra cuando vives en comunidad y otros conocen tu vida. De hecho, el Nuevo Testamento hace referencias constantes en plural sobre los redimidos. Somos el pueblo de Dios, una nación santa, llamados a ministrarnos los unos a los otros (1 P 2:9; Gá 5:13). Así que los pastores debemos dar a nuestras congregaciones una visión del evangelio que muestre que la salvación que recibimos por medio de Cristo nos une a Cristo y por ende a Su cuerpo (1 Co 12:12-27).

Es por todo esto que nuestro caminar en comunidad no es simplemente transaccional; es decir, no se trata en primer lugar de nosotros y lo que obtenemos a cambio. No vamos a la iglesia para no sentirnos solos o para encontrar personas que nos puedan ayudar en aspectos prácticos de la vida. Vamos a la iglesia en primer lugar para afirmar lo que somos: *no simples individuos, sino miembros del cuerpo de Cristo*. El evangelio define la realidad de lo que somos, y lo que somos es parte de una comunidad. Esto hace imperativo que nuestras vidas estén centradas en una expresión local de la comunidad universal de creyentes.

CONCLUSIÓN

En este mundo hiperindividualista, es crucial que los pastores sirvamos a nuestras iglesias ayudándoles a entender qué es lo que nos une como creyentes. Eso nos ayudará a cultivar convicciones que afirmen nuestro compromiso a vivir en comunidad y abandonar una forma de vida individualista extrema. Sí, Dios nos salva individualmente, pero lo hace para que seamos parte de su pueblo escogido. Por lo tanto, caminamos en la vida cristiana junto a este pueblo, y nos animamos, exhortamos y corregimos los unos a los otros.



¡NUNCA ES TARDE PARA
COMENZAR A LEER LA BIBLIA!

LEYENDO
LA
BIBLIA

UN PLAN DE LECTURA BÍBLICA Y DEVOCIONAL
DE COALICIÓN POR EL EVANGELIO
EN COLABORACIÓN CON:

NBLA
NUEVA BIBLIA DE LAS AMÉRICAS

[¡ÚNETE HACIENDO CLIC AQUÍ!](#)

la gloria de Jehc
la verá; porque le

i voces. Y yo resp
a voces? Que tod
u gloria como fi

la gloria de Jehová,
la verá; porque la boca
de los justos
no se calla.
Y la gloria de Jehová
se multiplicará en boca
de los justos.

la gloria de Jehová,
la verá; porque la boca
de los justos
no se calla.
Y la gloria de Jehová
se multiplicará en boca
de los justos.

«¿Y quién es mi prójimo?»: Atendiendo las necesidades de nuestra comunidad secular

POR JOSÉ «PEPE» MENDOZA



La intención del intérprete de la ley no era muy santa. Lucas nos dice que buscaba «poner a prueba a Jesús» (Lc 10:25). Las circunstancias que propiciaron esta conversación no son claras, aunque la intención del experto era, sin duda, dejar en ridículo o, al menos, desacreditar públicamente las enseñanzas de Jesús.

Una persona que gozaba del título «intérprete de la ley» se podía jactar de cierta importancia debido a su conocimiento de la ley en la sociedad judía del tiempo de Jesús. Otras versiones muestran esa capacidad cuando dicen que se trata de un «doctor de la ley» (JBS), «maestro de la ley» (DHH) o «experto en la ley religiosa» (NTV). Muchas versiones en inglés lo traducen como «abogado» (ESV, ASV o KJV). Lo cierto es que la misma palabra griega *nomikos* habla de alguien relacionado con el «nomos» o «ley». Entonces se trataba de una persona entendida en la ley judía, especializada en interpretar el Antiguo Testamento y en la aplicación de la enseñanza de algunos rabinos de renombre.

La pregunta suena inocente, general y hasta necesaria: «Maestro, ¿qué haré para heredar la vida eterna?» (Lc 10:25b). Su pregunta denota un deseo muy personal y también muy desprendido al mostrarse por encima de las banalidades y superficialidades de la vida bajo el sol. No habla de encontrar el bienestar temporal, sino de alcanzar la «vida eterna», un término usado en la pregunta que el joven rico dirigió también a Jesús (Mt 19:16) y del que Jesús habló en múltiples oportunidades (Mt 19:29; 25:46; Jn 3:15-16, 36; 5:24, 39; 6:40).

Jesús no ofrece una respuesta, sino que lo lleva a que responda él mismo, basado en su experiencia y conocimiento. Si en algo podían estar de acuerdo, era en lo que la Escritura señala con claridad. El experto no tiene problemas en responder con suma precisión (cita Dt 6:5 y Lv 19:18). Toda la ley queda resumida en estos dos mandamientos: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza, y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo», hasta el punto en que el mismo Señor dijo que «de estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas» (Mt 22:40).

«Jesús nunca nos deja en el plano teórico, en el área del mero filosofar frente a una taza de café mientras resolvemos los problemas del mundo».

Bueno, podría parecer que la conversación terminaría allí. Jesús le dio su señal de aprobación cuando le dijo: «Has respondido correctamente; Haz esto y vivirás» (10:28), usando otro pasaje innegable de Levítico (18:5). El problema radica en que Jesús nunca nos deja en el plano teórico, en el área del mero filosofar frente a una taza de café mientras resolvemos los problemas del mundo. Al terminar con esa exhortación a la acción, el Señor empujó al abogado a salir del terreno de las ideas aéreas porque la misma Escritura demostraba que no bastaba con «saber», sino con «hacer».

Jesús llevó a este experto en la ley a un terreno al que nos debe llevar a todos los que pensamos que sabemos algo de teología y de las Escrituras. Lo problemático con nosotros es que tendemos a conocer el «mapa», pero no tenemos la menor preocupación por pisar el «terreno». El primero es teórico, aéreo y se recorre

solo con los ojos en un solo instante; el segundo es experiencial, práctico y se necesita todo el ser y mucho tiempo simplemente para recorrerlo. Jesús mismo dejó en claro que solo demostrarás ser discípulo cuando muestres el fruto en ti y no solo porque sepas reconocerlo de forma intelectual (Jn 15:8).

Me imagino al experto completamente sorprendido con la respuesta breve de solo siete palabras de Jesús. No se le dio la oportunidad para presentar grandes argumentos, demostrar su oratoria y algunas de las sesudas interpretaciones rabínicas oscuras que solo conocía este intérprete profesional. Es muy posible que sintiera el rubor en sus mejillas al perder de improvviso su lugar de inquisidor y quedar encima con tarea de aplicación pendiente. Recorrió su mente buscando la manera de salir bien librado porque el Señor lo tenía arrinconado y es muy posible que muchos lo estaban observando con atención, mientras pensaba que murmuraban entre ellos y lo señalaban como el perdedor del debate.

«Solo demostrarás ser discípulo cuando muestres el fruto en ti y no solo porque sepas reconocerlo de forma intelectual».

Buscó justificarse al preguntar: «¿Y quién es mi prójimo?» (10:29). Tengo que reconocer que esta pregunta no es simplemente un escape ni es tan descabellada si la vemos con una mayor amplitud desde su contexto. Levítico

podría dar a entender que el «prójimo» podría corresponder exclusivamente a otro israelita: «No odiarás a tu *compatriota* en tu corazón; ciertamente podrás reprender a tu *prójimo*, pero no incurrirás en pecado a causa de él. No te vengarás, ni guardarás rencor a los *hijos de tu pueblo*, sino que amarás a tu *prójimo* como a ti mismo. Yo soy el Señor» (Lv 19:17-18, énfasis mío). Esta visión angosta para el término «prójimo» era la interpretación aceptada y popular con la que se entendía el segundo mandamiento durante el tiempo de Jesús. De esa manera, cualquier otra persona que no fuera judía quedaba fuera del alcance de la definición y de la responsabilidad que el mandamiento traía consigo.

Por eso la parábola que Jesús contaría a continuación dejaría boquiabiertos no solo al experto en la ley, sino a todos los curiosos que estaban alrededor. La historia de este judío herido producto de un asalto violento no debió dejar a ninguno sin algún tipo

de reacción. Los asaltos en los caminos desiertos eran comunes en ese tiempo y más de uno podría recordar, como lo haríamos ahora, alguna historia similar como protagonistas, testigos o concedores de una maldad. El hecho de que el pobre hombre haya quedado «medio muerto» (10:30) habla de que no solo lo había perdido todo, sino que era incapaz de valerse por sí mismo, necesitaba ayuda urgente porque su vida misma corría peligro.

Una historia así siempre nos empuja a proponer soluciones urgentes y a enojarnos sobremanera cuando notamos inacción o falta de sensibilidad. Claro, desde un punto de vista meramente informativo y teórico. La sorpresa debió ser mayúscula cuando escuchan de Jesús que un sacerdote y un levita, dos personas que se supone deben ejemplificar la obediencia a la Palabra, se desviaron al ver al herido y pasaron de largo sin mostrar el más mínimo amor por su prójimo. Los murmullos de desaprobación deben haberse escuchado y hasta el abogado pudo haber meneado la cabeza en señal de reproche. Pudo haber pensado «¡Yo nunca haría eso!», mientras miraba a su alrededor como todos los demás de seguro pensaban igual que él.

«Debo luchar conmigo mismo para no circunscribir mi obediencia de amar al “prójimo” solo entre aquellos que gozan de mi beneplácito o aprobación».

Sin embargo, Jesús iba a ir mucho más lejos con su historia. El Señor establece como protagonista de la historia a un isamaritano! No es mi intención profundizar en lo que esto significa porque es bastante conocido que estos vecinos cercanos de los judíos eran profundamente despreciados y, por qué no decirlo, los samaritanos tampoco miraban con buenos ojos a los judíos. Es más que evidente que los samaritanos no eran «prójimo» para los judíos y viceversa. Jesús presenta lo imposible y no duda en colocar sobre este samaritano todos los atributos y aplicaciones que el mandamiento demanda: «... cuando lo vio, tuvo compasión. Acercándose, vendó sus heridas, derramando aceite y vino sobre ellas... lo llevó a un mesón y lo cuidó... [le dio dinero al mesonero cuando partía] y dijo: “cuidelo, y todo lo demás que gaste, cuando yo regrese se lo pagaré”» (10:33-35).

Todos quedaron boquiabiertos. Un sacerdote insensible es posible; un levita distraído es también condenable... pero un samaritano

compasivo y con un judío... inexplicable! Esta historia tan sencilla cambia para siempre los paradigmas del significado angosto del término «prójimo». Con mucha precisión, Richard Hays dice:

«La historia de Jesús sobre el samaritano compasivo, sin embargo, en vez de angostar la definición de “prójimo”, reformula todo el tema de dos maneras: el samaritano odiado viene a ser incluido en la categoría de “prójimo”, y el “prójimo” es definido como uno que muestra, en vez de recibir, misericordia (10:36-37)».¹

Jesús vuelve a poner los ojos en el experto en la ley y le pregunta: «¿Cuál de estos tres piensas tú que demostró ser prójimo del que cayó en manos de los salteadores?» (10:36). La respuesta que Jesús le demandó no podía ser legal sino personal. Claro, debieron

«La realidad poderosa del evangelio me demuestra que el Señor Jesucristo mismo me vio a la orilla del camino, muerto en mis delicados y pecados, y tuvo compasión de mí (¡Sí, de mí!)».

ser los otros judíos, pero no demostraron serlo porque lo pasaron por alto. Aunque el abogado no lo especifica, su respuesta no dejó margen de dudas: el prójimo, contra todo pronóstico, era el samaritano que tuvo misericordia del judío (10:37). Con esta historia con la que Jesús respondió al intérprete, dice Hays, «Jesús... rechazó los intentos casuísticos

para circunscribir nuestra preocupación moral al definir al otro [mi prójimo] como perteneciente a una categoría que está fuera del marco de nuestra responsabilidad».²

Ya no quedan más preguntas. Jesús simplemente vuelve a dar la misma demanda práctica que había dado antes a la respuesta correcta del abogado de la ley: «Ve y haz tú lo mismo» (10:37b). Esta reflexión me empuja en una sola dirección porque el Señor mismo ha establecido con mucha claridad la aplicación única del mandamiento. Queda sumamente claro que debo luchar conmigo mismo para no circunscribir mi obediencia de amar al «prójimo» solo entre aquellos que gozan de mi beneplácito o aprobación, y evitar la tentación de pasar «al otro lado del camino» cuando mi prójimo en necesidad está justo delante de mis ojos.

La realidad poderosa del evangelio me demuestra que el Señor Jesucristo mismo me vio a la orilla del camino, muerto en mis delitos y pecados, y tuvo compasión de mí (¡Sí, de mí!). Él mismo es el samaritano que vino en mi búsqueda, pagó con su propia sangre por mi redención sin merecerlo porque, «si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de Su Hijo, mucho más, habiendo sido reconciliados, seremos salvos por Su vida» (Ro 5:10). Vivo porque estuvo dispuesto a morir por mí. ¡No hay mayor muestra de amor ejemplar que la de Jesucristo!

Si el ejemplo del samaritano, quien representa a Jesús y su obra por nosotros, es el paradigma para entender lo que significa amar a nuestro prójimo, entonces solo nos falta ser obedientes y responder al Señor, quien también hoy nos dice, «Ve y haz tú lo mismo» (10:37b). Solo podré obedecer el espíritu del mandamiento cuando reconozca que yo mismo fui levantado en medio del camino y me atreva con valentía y compasión a reconocer a mi prójimo no solo entre los míos, sino también entre todos aquellos que están más allá de las cuatro paredes familiares, amicales, laborales, raciales o eclesiales. Deberé correr el riesgo de sentir compasión por el que piensa o vive contrario a mis principios y aun por mi enemigo. No existe otra manera de ser fiel al Señor.

¹ Richard Hays, *The Moral vision of the New Testament* (HarperCollins), p 451.

² *Ibid.* p 451

Créditos

Supervisión del proyecto

Fabio Rossi.

Director Ejecutivo de TGC: Coalición.

Equipo editorial

José «Pepe» Mendoza.

Director Editorial.

Josué Barrios.

Coordinador Editorial.

Ana Ávila.

Editora senior.

Rosy Baez.

Editora de traducciones.

Diseño de la revista

Carolina Holguín.

Coordinadora de medios de TGC:

Coalición.

Jacob Mejicanos.

Diseñador en TGC: Coalición.

Autores y colaboradores

(en orden de aparición)

Arturo Pérez.

Miembro de la junta de directores de Knox

Theological Seminary (Florida, Estados

Unidos).

Samuel Masters.

Pastor en la Iglesia Bíblica Bautista Crecer

(Córdoba, Argentina) y miembro del

concilio de TGC: Coalición.

Peter Newman.

Miembro de Christ Community Church

(Carolina del Norte, Estados Unidos).

Gerson Morey

Pastor en la Iglesia Día de Adoración

(Florida, Estados Unidos).

Flavia Johansson.

Miembros de la Iglesia Bíblica Bautista

Crecer (Córdoba, Argentina).

José «Joselo» Mercado.

Pastor en la Iglesia Gracia Soberana en

(Maryland, Estados Unidos).

Conoce más sobre el Equipo Coalición y

nuestros colaboradores en nuestro sitio web.

Imágenes

Artículo páginas 6 y 9: Pixel Creative en

LightStock

Artículo página 14: Luisa Brimble en

Unsplash

Artículo página 24: Pearl en LightStock

Artículo página 29 y 34: Christin Hume

en Unsplash

Artículo página 35: Delanie en

LightStock

Artículo página 38: Rosie Sun en

Unsplash

Artículo página 44: Pearl en LightStock

Artículo página 50: Jackson David en

Unsplash

Escrituras tomadas de la Nueva Biblia de

las Américas (NBLA), Copyright © 2005

por The Lockman Foundation. Usadas

con permiso. www.NuevaBiblia.com

